

LA CRÓNICA

Reeducador

ARCADI ESPADA

Embridate, cronista, que estás a punto de escribir sobre Antoni Comas Balldeu, *el feo*, aquel que envían los guapos, los immaculados, para que haga la política, para que ejerza la política allí, *walking on the wild side*, donde la política duele y ensucia. Has de escribir algo sobre este hombre porque este hombre ha dicho en público que "existen entidades que desempeñan un papel deseducador", y este *deseducador* te ha saltado a los ojos como una piedra, como una piedra que hubiera lanzado ¿Pol Pot, el Gran Reeducador, por ejemplo? Nunca hubieras pensado que Cataluña fuera Camboya, sabes que Cataluña no es Camboya, pero es indiscutible que algo aquí ya es posible: que un consejero del Gobierno que gobierna pueda decir sin que le tiemble el labio —sin que le tiemble de emoción intelectual, de pudor o de miedo— que hay aquí colectivos que *deseducan*, a los que es preciso meter en cintura y volver su trabajo del revés. Que pueda decirlo y que nadie —o muy pocos— sea capaz de levantar una ceja, ya no de ira, sino simplemente una ceja perpleja, algún gesto de mera e infantil curiosidad tal vez. El estado de postración intelectual del país, el estado de indiferencia decretado, permite todo eso. Que actúe Comas Balldeu, permite.

Pero Comas no es nadie. Comas es una emulsión del paisaje. También el paisaje de los líderes vecinales —hay ahí socialistas y antiguos comunistas metidos y mandando— que no se preguntan de dónde y para qué viene el dinero que subvenciona sus actividades, que aspiran al viejo e italiano ~~fare-finta~~ ~~cobremos hoy y engañemos mañana~~ y que ven en el consejero de Bienestar —el Bienestar será nacionalista o no será— a un tipo que exige algún trágala, pero al que puede mentirsele a través de más de un barroco cambalache. Se comprende, incluso se comprende: en el tercer tercio de la sociedad de los dos tercios las sutilidades son carísimas, y en algunos lugares periféricos falta tanto de todo que incluso falta Comas. Pero frente a ese hombre, sobre todo frente a lo que representa, frente a la arrogancia —linda con la candidez— de lo que dice, quizá haya llegado la hora de levantar un pequeño muro de amor propio.

Emulsión del paisaje de una izquierda social desgarnecida, entregada, casi pedigrüña, pero también emulsión visible de la versión más dura del pujolismo. El pujolismo no se limita a Comas, pero Comas es también pujolismo, verdad de Perogrullo que ningún Perogrullo exclama. Esa faz del pujolismo que ha penetrado del brazo del Bienestar en los lugares reticentes, que bate el cobre lejos de la *Cataluña catalana*, el populismo nacionalista sin abages que sabe que la voluntad o se tiene o se compra.

Comas, el Reeducador, no existe. Sólo existimos nosotros, los táticos educandos.